

Identidad, lengua y símbolos. La decisiva aportación de Pere Anguera al conocimiento del catalanismo del siglo XIX

Borja de Riquer Permanyer

Universitat Autònoma de Barcelona

Fecha de aceptación definitiva: 2 de octubre de 2009

Resumen: Se estudian algunas de las más relevantes e innovadoras aportaciones de Pere Anguera sobre la temática del catalinismo político del siglo XIX, el uso de la lengua y la construcción y divulgación de sus diferentes símbolos nacionales. Pere Anguera en las últimas tres décadas dinamizó la historiografía catalana y renovó la interpretación sobre el origen, las características y el desarrollo del primer catalinismo. En sus últimas obras ofrece un análisis nuevo sobre los símbolos nacionales.

Palabras clave: catalanismo, siglo XIX, identidad, símbolos, lengua catalana.

Abstract: This paper studies some of the Pere Anguera's most relevant and innovative contributions on the political catalinism of the 19th century, the use of the language and the construction and spreading of his different national symbols. Pere Anguera in the last three decades stirred the Catalan historiography and renewed the interpretation on the origin, characteristics and development of the first catalinism. In his last works he offers a new analysis on the national symbols.

Key words: catalanism, 19th Century, identity, symbols, catalan language.

Pere Anguera¹ se dedicó durante más de treinta y cinco años al estudio de tres temáticas: el primer carlismo catalán, la historia de su ciudad natal, Reus, y el movimiento catalanista durante el siglo XIX. Contemplando el conjunto de su obra realmente nos produce asombro y nos obliga a reconocer que el sólo llegó a publicar lo que en la mayoría de las universidades acostumbra a realizar un amplio grupo de investigadores².

En este artículo me limitaré a comentar su relevante aportación al estudio del primer catalanismo y en particular al de la invención y difusión de los principales símbolos de este movimiento. Su prematura muerte le ha impedido ver finalizado un ambicioso proyecto de investigación sobre esta temática de la que Anguera fue no sólo uno de los pioneros sino quizás el más destacado especialista catalán y quien con mayor rigor la trató.

A principio de la década de los noventa del pasado siglo éramos bastantes los historiadores catalanes que empezábamos a mostrar nuestra insatisfacción ante la confusión y la simplificación que imperaba a la hora de explicar las principales características y la propia evolución del movimiento catalanista del siglo XIX³. Se repetían hasta la saciedad unas visiones y unos tópicos divulgados hacía como mínimo siete u ocho décadas y a menudo elaborados por gente ajena al mundo de los historiadores, sin que por ello la comunidad científica reaccionara⁴. Además, se apreciaba que, concretamente sobre la etapa del Ochocientos, eran escasas las investigaciones realmente novedosas, las que buscaran en fuentes nuevas la verificación o refutación de las interpretaciones más divulgadas y las que generaran auténticas aportaciones al mejor conocimiento. Había, sin duda, demasiados pre-juicios, es decir ideas previas al servicio de las cuales se construían las tesis más divulgadas. Incluso la manipulación política de la historia del catalanismo empezaba a ser descarada.

Ante esta preocupante situación, en 1992, Pere Anguera hizo una primera llamada de atención en un vehemente, pero riguroso, artículo en el que calificaba la historiografía dedicada al catalanismo decimonónico de narcista, de encerrarse

¹ Pere Anguera, catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat Rovira i Virgili, falleció en Reus el 4 de enero de 2010 a los 56 años.

² Entre 1974 y 2010 Pere Anguera publicó 42 libros de historia —la mayoría monografías de investigación—, 12 opúsculos, 8 ediciones de textos, unos 250 artículos en revistas o capítulos en libros colectivos, y además de 5 libros de poemas, 4 obras de narrativa y 1 una de teatro.

³ Puede seguirse esta preocupación en el pionero artículo de BARCELÓ, Miquel, RIQUER, Borja de y UCÉLAY DA CAL, Enric: «Sobre la historiografía catalana», *L'Avenç*, 50 (1982); en la obra colectiva NADAL, Josep (ed.): *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1990; y también en RIQUER, Borja de: «Apogeo y estancamiento de la historiografía catalana», *Historia Contemporánea*, 7 (1992).

⁴ Así, era significativo que se aceptase como vigente la visión en extremo reduccionista divulgada por el periodista y político Antoni ROVIRA I VIRGILI en sus conocidas obras *El nacionalismo catalán*, Barcelona, Editorial Minerva, 1917; y *Resum d'història del del Catalanisme*, Barcelona, Barcino, 1936.

en su pequeño mundo, de despreocuparse de la comparación y de no buscar el contraste con otros referentes exteriores⁵. Anguera defendía la necesidad de abrir nuevas líneas de investigación, de utilizar procedimientos metodológicos más rigurosos y, sobre todo, de hacerse nuevas preguntas. Consideraba fundamental plantearse la cuestión de donde surgía realmente la consciencia de una comunidad catalana diferente de la española; ¿entre qué sectores sociales?, ¿qué instrumentos de divulgación se utilizaban?; y ¿qué incidencia social tenían los nuevos discursos identitarios catalanes?

Junto a esto, Anguera mostraba también su indignación ante algunos signos de utilización política de la historia del catalanismo que suponían ofrecer una visión sesgada, parcial e interesada del movimiento. Su irritación provenía fundamentalmente del hecho que ese año 1992, con motivo de celebrarse el centenario de la elaboración de las Bases de Manresa por parte de la Unió Catalanista, la Generalitat de Catalunya había organizado una serie de actividades —exposiciones, ciclos de conferencias, publicaciones, programas de televisión, etc.— bajo el título general de «*100 anys del naixement de catalanisme*». Al margen de lo aventurado que siempre supone pretender fijar el momento fundacional de un movimiento político, la operación pretendía ignorar todo lo acontecido anteriormente, como si antes de 1892 no hubiera síntoma alguno de catalanismo. Era aquella una operación de evidente calado político organizada por la coalición que gobernaba entonces la Generalitat con la pretensión de consagrar la imagen conservadora, católica, «pairal» y burguesa del catalanismo político. Se pretendía ignorar, por ejemplo, que nueve años antes, en 1883, los republicanos federales catalanes ya había elaborado y aprobado un proyecto de constitución de un «Estat Català» con mayores atribuciones políticas y financieras, con mayor grado de autogobierno, y con unas instituciones notablemente más representativas y democráticas que las que se reivindicaban en las famosas bases manresanas. Y, sobre todo, se pretendía despreciar e ignorar la figura pionera de Valentí Almirall quien durante la década de 1880 había tenido la iniciativa de crear los instrumentos políticos básicos para articular el movimiento catalanista. Para Anguera el olvido intencionado de lo realizado por Almirall y por los republicanos federales no obedecía a simple ignorancia sino a una descarada operación de tergiversación política.

Un año después, en 1993, en el curso de las «*III Jornades de debat: orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*», Anguera presentó una larga ponencia en la que planteaba una serie de hipótesis que consideraba fundamentales para poder entender el carácter y la amplitud del movimiento catalanista del XIX⁶. Dichas

⁵ ANGUERA, Pere: «L'endocentrisme en la historiografia de Catalunya: un fals nacionalisme», *Afers*, 13 (1992), pp. 13-30.

⁶ Las jornadas tuvieron lugar en 1993 pero la ponencia «Els orígens del catalanisme. Notes per a

propuestas iban acompañadas de diversos proyectos de nuevas líneas de investigación. De hecho, el texto era un amplio inventario de los principales problemas y cuestiones que era preciso que los especialistas se plantearan con rigor y, al mismo tiempo, un auténtico plan de trabajo a medio plazo. Anguera ponía especial énfasis en la necesidad de estudiar el uso social del catalán durante el siglo XIX ya que consideraba que la lengua acabaría convirtiéndose en un elemento básico de la identidad diferenciada que se pretendía construir y divulgar. La lengua catalana sería, así, el símbolo más genuino de la catalanidad, cosa que por ejemplo no pasaría de forma tan clara en el caso del euskera ni tampoco en el del gallego. Era preciso, por tanto, bucear en los archivos para localizar todo tipo de publicaciones, desde opúsculos y revistas hasta libros, que utilizaban el catalán como signo de distinción y de reafirmación, así como estudiar a los autores de esos escritos, los contextos en que se elaboraban las publicaciones, quienes eran los editores y, sobre todo, los hipotéticos lectores. Consideraba imprescindible seguir con el máximo detalle el proceso de sustitución lingüística y analizar como se ampliaba y se enriquecía la oferta de productos escritos en catalán. Y no sólo debían estudiarse los productores —autores, editores y libreros— sino también los consumidores: conocer con precisión hacía que sectores sociales se dirigían las publicaciones y qué tipo de mensaje ideológico, político y cultural transmitían. Y de toda esa información debía realizarse una precisa cronología y cartografía para poder apreciar los diferentes ritmos temporales y los cambios en la extensión territorial y en la intensidad del uso del catalán escrito. Junto a esto, Anguera estaba especialmente interesado en poder apreciar cuando, por qué y por parte de quién se empezó a rechazar la esquizofrenia lingüística que suponía pensar y hablar en una lengua —el catalán— pero escribir en otra —el castellano—. Consideraba imprescindible disponer del máximo de información sobre estas cuestiones antes de atreverse a emitir consideraciones más generales sobre el surgimiento del movimiento catalanista.

En 1994 Anguera insistía en la cuestión de las debilidades de la historiografía sobre el catalanismo político haciendo un exhaustivo repaso de lo publicado los últimos años⁷. Señalaba «l'absència de produccions sòlides i definitives» y la existencia de muchas publicaciones que reflejaban un «resultat més emocional que científic. La idealització, apologètica i defensiva, fa que la majoria dels textos siguin més descriptius que analítics. De fet hi ha sovint més *nacionalisme* que no pas recerca sobre el nacionalisme»⁸. Y denunciaba la

autarquia teòrica que impedía analizar «les vinculacions del catalanisme amb els processos de modernització econòmica, el paper de la *intelligència*, el dels

una reflexió», publicada en *Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*, Reus, Edicions del Centre de Lectura, pp. 11-79, no se editó hasta 1994.

⁷ ANGUERA, Pere: «El catalanisme en la historiografia catalana», *Recerques*, 29 (1994), pp. 61-83.

⁸ *Ibidem*, pp. 82 y 83.

medis de comunicació social, el sentit compartit de l'ètnicitat o, malgrat la reiteració a invocar-lo, del patriotisme popular amb una anàlisi de les seves actuacions o del sentit del llenguatge polític emprat pel poble menut⁹.

En este artículo Anguera señalaba igualmente algunas de las lagunas aún existentes en la historiografía sobre el catalanismo: faltaban repertorios bibliográficos, biografías de ideólogos y activistas, estudios de las revistas, centros y entidades catalanistas, ediciones críticas de las obras básicas, antologías de artículos de revistas, estudios sobre los símbolos, etc.

Los primeros frutos de su ambicioso plan de trabajo no tardaron en aparecer. En 1997 Pere Anguera publicó *El català al segle XIX. De llengua del poble a llengua nacional*¹⁰ un brillante e incisivo estudio sobre los usos sociales del catalán en el XIX. En él defendía, con no poca erudición y contundencia, que fue el monolingüismo popular lo que realmente salvó la lengua catalana de una previsible desaparición dado que las clases altas, ya a mediados del XIX, habían aceptado de forma sumisa la diglosia que oficializaba en exclusiva al castellano y que relegaba a la lengua propia a la condición de doméstica y subalterna. En este libro Anguera hace un recorrido, en primer lugar, por la historia del uso social del catalán durante el siglo XIX, para posteriormente pasar al análisis de su uso político. Penetra en el estudio del uso del catalán por parte de diferentes sectores sociales y se interesa por averiguar quien lo hablaba y en donde, quien lo escribía y cuando, y en donde y por qué se aprendía a escribirlo. Constata la diglosia evidente que logró imponerse, ya que el castellano se reservaba para todos los asuntos oficiales y para actos de relevancia social, mientras que el catalán era relegado a usos domésticos o privados. Ahora bien, también daba cuenta de algunos momentos de uso público del catalán por cuestiones de mera conveniencia política, sobre todo por parte de las autoridades civiles, militares o eclesiásticas españolas en los años de crisis del Antiguo Régimen, y por las francesas durante la ocupación napoleónica de Cataluña.

Con sumo detalle analizaba como se evolucionó de la fidelidad a la lengua catalana como costumbre, como un uso instintivo y lógico, a su reivindicación más consciente y activa. Y repasaba la amplia gama de actitudes, desde las estrictamente culturales hasta las más claramente políticas. Estudiaba cómo y entre quienes surgió el interés por lograr que el catalán fuese una lengua de cultura y como se fue articulando ese proceso consciente de recuperación. Sostenía que la reivindicación de su uso público como lengua oficial en Cataluña se convirtió en el elemento central de la frontera que diferenciaba la mera catalanidad cultural del catalanismo más estrictamente político. Analizaba cómo la defensa política del uso

⁹ *Ibidem*, p. 83.

¹⁰ ANGUERA, Pere: *El català al segle XIX. De llengua del poble a llengua nacional*, Barcelona, Empúries, 1997.

de esta lengua se convirtió en el elemento básico de las primeras actuaciones de los activistas catalanistas. Observaba como los primeros catalanistas, o pre-catalanistas, sabían que la lucha por la lengua les permitiría llegar a mucha más gente que si reivindicaban directamente la autonomía de Cataluña. Y argumentaba la tesis de que la reivindicación del derecho al uso público en todas circunstancias surgió en primer lugar entre los sectores progresistas y especialmente entre los republicanos federales. La primera propuesta política de que el catalán fuese la lengua oficial de Cataluña la formuló, según Anguera, el republicano federal Gonçal Serraclarà en 1879, aunque tres años antes *l'Associació Catalanista d'Excursions Científiques* se convertía en la primera entidad que decidía que su lengua oficial era el catalán. A partir de estos momentos, la lucha de los catalanistas más activos se centrará en lograr que el catalán fuese aceptado no sólo como lengua propia, sino como «la lengua nacional». Ahora bien, la defensa y el uso del catalán no siempre presuponían una voluntad política catalanista, el ser un catalanista militante. No, en absoluto. Hubo muchos defensores del catalán incluso entre los intelectuales conservadores políticamente españolistas y que nunca escribieron en esta lengua, como Joan Mañé y Flaquer, pero que consideraban injusta su marginación oficial.

Dos años después, en 1999, Anguera estudió el caso concreto de cinco escritores que fueron pioneros en el uso del catalán como instrumento de reafirmación identitaria y que cultivaron diferentes productos literarios. Así, en *Literatura, pàtria i societat. Els intel·lectuals i la nació*¹¹ seguía el peculiar itinerario político y literario, con sus lógicas contradicciones y dudas, de Antoni de Bofarull, Josep Pin i Soler, Narcís Oller, Àngel Guimerà y Josep Aladern. Si bien reconocía que la selección de esos cinco casos era arbitraria, ya que había docenas de escritores del Ochocientos que usaron el catalán casi exclusivamente, señalaba que le interesaba analizar no sólo porqué escribían en catalán sino también la descripción de la sociedad catalana que ofrecían y los mensajes que deseaban divulgar con sus obras. Anguera estudiaba, así, diferentes casos del uso del catalán como lengua de cultura y en campos tan diversos como la historia, la novela, el teatro, el periodismo, y en todos ellos aparecía ese uso como muestra de la voluntad de recuperación de su prestigio, como deseo de dignificarla y de situarla a un nivel homologable a las otras lenguas europeas.

Había seleccionado cinco intelectuales de orígenes sociales y actividades profesionales notablemente diferentes: desde el aristócrata y polígrafo Antoni de Bofarull, archivero e historiador, autor de la primera antología de poesía catalana contemporánea, de una primera novela moderna y de unas pioneras memorias, todas ellas escritas en catalán, hasta los más populares literatos Àngel Guimerà, el principal autor dramático catalán de la época, o el gran novelista Narcís Oller,

¹¹ ANGUERA, Pere: *Literatura, pàtria i societat. Els intel·lectuals i la nació*, Vic, Eumo, 1999.

ambos procedentes de clase media. Y también incluía a intelectuales menos conocidos, pese a ser activos escritores, como Josep Pin i Soler y Josep Aladern —Cosme Vidal—, ambos de claros orígenes populares. Eran escritores de ideologías dispares, ya que no todos eran catalanistas. Así, si Pin i Soler habría que situarlo en el mundo político más bien españolista, en cambio Bofarull y Oller significaban una catalanidad más cultural que política. Frente a ellos, Guimerá y Aladern eran activos militantes catalanistas e incluso «vehementes patriotas». Y todos ellos, desde sus respectivas situaciones sociales, políticas y culturales, coincidían en mostrarse notablemente interesados en la recuperación del catalán y se esforzaron por la dignificación de su prestigio literario y social y por su reconocimiento como parte fundamental de una cultura propia.

En el año 2000 vio la luz una de las obras más importantes de Pere Anguera, *El precedents del catalanisme. Catalanitat i anti-centralisme, 1808-1868*¹². La obra era el fruto de una investigación exhaustiva en bibliotecas y archivos de toda Cataluña a la búsqueda de opúsculos, periódicos y textos políticos. Anguera hizo un uso inteligente de la gran cantidad de información recogida, en buena parte desconocida hasta entonces. El resultado de su riguroso análisis de los textos encontrados fue un libro que, a diferencia de la mayoría de las monografías sobre el catalanismo, era mucho más catalán que estrictamente barcelonés. Pretendía desmentir algunas tesis «establecidas» que consideraba apriorísticas, demasiado precipitadas, a menudo ideologistas, y casi siempre elaboradas con poco fundamento científico. Y situaba el debate en donde siempre debió estar, en el de la controversia entre historiadores que aportaban nuevas interpretaciones, resultado de estudios empíricos y rigurosos, y no en el terreno de las simpatías e intereses ideológicos y políticos. A lo largo de sus más de 350 páginas Anguera precisaba históricamente conceptos tan básicos como catalanidad, catalanismo y nacionalismo, y presentaba una convincente tesis sobre la génesis y desarrollo del primer catalanismo —casi podríamos decir del pre-catalanismo— desde principios de siglo hasta la revolución de 1868. Partía de constatar la contradicción existente en la panorámica de los estudios sobre el catalanismo: la abundancia de estudios rigurosos sobre el siglo xx, la época de su predominio político, de mayor influencia social, de notable diversidad ideológica y de pluralidad interna, mientras subsistían notables carencias en los conocimientos de los precedentes y los primeros años del movimiento.

Fue en este libro en el que historiador de Reus formulará de forma más clara su tesis sobre el origen social del movimiento catalanista: el carácter popular, y no burgués, del primer catalanismo político. Para llegar a esta conclusión, Anguera

¹² El libro ya estaba acabado en 1998, pero la editorial retuvo el original casi dos años antes de publicarlo, ANGUERA, Pere: *El precedents del catalanisme. Catalanitat i anti-centralisme, 1808-1868*, Barcelona, Editorial Empúries, 2000.

partía del estudio de la persistencia del sentimiento de catalanidad en las clases populares desde el siglo XVIII. Recogía suficientes indicios históricos para poder sustentar la propuesta de que a finales del siglo XVIII y principios del XIX persistía la consciencia colectiva de formar parte de una comunidad derrotada, que transmitía a los forasteros —castellanos y extranjeros— una imagen de sumisión forzada y de voluntad de revuelta para recuperar un Gobierno propio, aunque esta revuelta nunca llegase a plantearse de manera efectiva, en buena parte por que la frenaba las nuevas posibilidades económicas facilitadas por el hecho de comerciar con las colonias españolas de América. En esta situación, la «*Guerra del Francès*» (1808-1814) activó dos procesos relativamente contradictorios: por primera vez en muchas décadas los catalanes se sintieron solidarios con el conjunto español ya que compartían la lucha contra el común enemigo francés, lo que incluso se traducía en el deseo de participar de un proyecto político conjunto, reafirmado en las propias Cortes de Cádiz. Pero también en esa excepcional plataforma política gaditana no dejaron de manifestarse los lamentos de diversos parlamentarios catalanes por las antiguas libertades perdidas en 1714 y de la necesidad de liquidar tales agravios históricos. Y eso iba acompañado, a nivel más popular, del sentimiento de constatar la capacidad de valerse por sí mismos frente a los poderosos.

Las victorias frente a los franceses refrescaron el recuerdo de anteriores luchas que la propaganda de todos los sectores ideológicos se esforzaron en recuperar. De esta forma, la nostalgia histórica pasó a ser un elemento central del nuevo discurso liberal de forma que el sentimiento étnico de catalanidad fue adquiriendo también valores políticos. Los conflictos civiles del reinado de Fernando VII y de la minoría de Isabel II, empujaron a los liberales catalanes a recuperar la historia de su país en clave claramente anti-despótica. Anguera analizó con gran rigor en este libro cómo el mensaje ideológico liberal de rechazo del Antiguo Régimen comportaba a menudo la mitificación de las antiguas «libertades perdidas» en el curso de la larga lucha contra la opresión ejercida por los diversos monarcas autoritarios. Y señaló como esa larga lucha catalana, que ya se iniciaba en la Edad Media, era paralela y complementaria de las luchas que los castellanos, aragoneses, etc. también habían llevado a cabo contra sus respectivos monarcas autoritarios en defensa de sus libertades. No eran, así, unas narraciones antagónicas sino identificadas por su común carácter anti-despótico. Eran, de hecho, unas luchas similares y hermanas ya que se hacían en defensa de unas comunes libertades hispánicas. Así, el nuevo patriotismo liberal catalán de principios del XIX no era anti-español, ni anti-castellano, sino básicamente anti-despótico, anti-autoritario. Ahora bien, a la larga la difusión de mensajes llenos de alusiones a las antiguas luchas contra la opresión y en favor de esas «libertades perdidas» contribuyó al arraigo, con componentes cada vez más modernos, de un sentimiento de personalidad catalana, pese a coincidir con los

esfuerzos de las clases dirigentes a favor de la participación activa en la construcción de la nueva España liberal.

La parte central del libro de Anguera está dedicada a la narración de la difícil acomodación política de los catalanes a la nueva España liberal durante los años 1835-1868. Ahí repasaba las frecuentes protestas y levantamientos populares, que eran interpretados no sólo como resultado de las divergentes demandas políticas y sociales que surgían en una sociedad sometida a una rápida transformación. También Anguera detectaba un elemento común en la mayoría de las revueltas catalanas: la oposición a que se consolidara un sistema político, jurídico y administrativo notablemente centralista y una clara censura a las prácticas gubernamentales autoritarias. Señalaba que no dejaba de ser altamente significativo que la mayoría de las manifestaciones de descontento social, político e incluso económico tuvieran un claro elemento común, las quejas sobre «los males del centralismo».

Anguera repasaba con detalle las reticencias catalanas al modelo centralista liberal que se estaba imponiendo en España y observaba como esa actitud crítica, que inicialmente había surgido entre los sectores populares más progresistas y democráticos, iba extendiéndose incluso entre buena parte de las propias elites políticas —desde el progresista Juan Prim hasta el conservador Manuel Duran y Bas—, de las elites intelectuales —desde el católico Jaime Balmes al moderado Juan Mañé y Flaquer—, y hasta las elites económicas —desde el fabricante José Sol y Padrís al potentado Juan Güell y Ferrer—. Así, las clases dirigentes catalanas, ya a mediados del siglo XIX, aparecían notablemente incomodadas tanto por las formas políticas, jurídicas, económicas y administrativas que estaban configurando el régimen liberal español, como por los modos frecuentemente autoritarios utilizados por buena parte de los Gobiernos, fuesen éstos moderados, unionistas o progresistas.

No ha de extrañar, así, que algunos de los más destacados políticos catalanes llegasen a denunciar en el propio Congreso de Diputados que Cataluña estaba siendo sometida a un auténtico «trato colonial» —Juan Prim—, o que en la prensa barcelonesa se hablase de las «políticas virreinales» de los capitanes generales —Juan Mañé y Flaquer—. Poco a poco se fue creando entre las propias elites catalanas un estado de opinión notablemente crítico al modelo de Estado centralista, considerado poco eficaz, injusto y discriminador de las potencialidades catalanas. Anguera concluía este apartado considerando que, a la altura de 1868, era relativamente amplio el arraigo en Cataluña de los sentimientos anti-centralistas y que ello era evidente no sólo entre sectores populares urbanos, cosa que se manifestaba en las constantes protestas, sino también en las clases medias y sectores representativos de las dirigentes y, particularmente, entre las elites creadoras de opinión.

Con respecto al proceso del surgimiento de los sentimientos identitarios catalanes Anguera señalaba que era un error demasiado habitual considerar el proceso

de recuperación literaria como una evidente muestra de conciencia política catalanista, cuando no lo era en absoluto. El hecho de sentirse partícipe de la catalanidad cultural no implicaba necesariamente tener ideas políticas de contenido catalanista. Así, por ejemplo, una buena parte de los escritores de la *Renaixença* catalana, entre ellos eruditos como Manuel Milá y Fontanals o Joaquim Rubió y Ors, si bien defendían el uso de la lengua catalana como una justa aspiración nunca fueron partidarios de la autonomía de Cataluña, jamás militaron en el catalanismo político y más bien se manifestaron hostiles a este movimiento. Ellos entendían la catalanidad como un sentimiento íntimo que debía ser reconocido y respetado, pero nunca como una causa política. Esto explica igualmente que la mayoría de los intelectuales de la *Renaixença* recomendaran escribir en catalán sólo poesías, y nunca novelas, ensayos y, menos aún, obras científicas.

Según Anguera, fue la politización progresiva del sentimiento de catalanidad por parte de algunos sectores y, sobre todo, el incremento del rechazo al funcionamiento del sistema centralista lo que posibilitó la aparición del movimiento catalanista. Sin embargo, un discurso político claramente catalanista, con la reivindicación del derecho de Cataluña a disponer de unas instituciones políticas y administrativas propias, no aparece hasta la etapa del Sexenio Democrático 1868-1874 y surgirá claramente entre sectores más progresistas y democráticos de las clases populares. En esta cuestión de los orígenes y el carácter del primer catalanismo político Pere Anguera manifestó explícitamente su discrepancia con la tesis divulgada años antes por Josep Termes sobre el doble origen, carlista y republicano, del catalanismo¹³. Anguera, tras señalar que tal aseveración era una hipótesis aventurada, no verificada empíricamente, señalaba que si bien era evidente el origen popular del catalanismo, esta procedencia ideológica sólo podía atribuirse al progresismo liberal y democrático y al republicanismo, y nunca al carlismo. Para Anguera, buen conocedor del primer carlismo catalán¹⁴, este movimiento nunca fue catalanista ya que fundamentalmente reivindicaba la legitimidad de las aspiraciones del pretendiente don Carlos a la Monarquía y el retorno al sistema político absolutista del Antiguo Régimen, y ello iba acompañado incluso con frecuentes exaltaciones a la figura de Felipe V y del sistema centralista impuesto por los Borbones. Y nada más lejano a las «libertades catalanas» añoradas por los historiadores románticos y por los catalanistas que el primer Borbón. Si a partir del

¹³ Esta tesis si bien fue formulada por primera vez por Josep TERMES en 1975, en donde se encuentra más ampliamente desarrollada es en *La immigració a Catalunya i altres estudis d'història del nacionalisme català*, Barcelona, Empúries, 1984, especialmente en pp. 117-125; y posteriormente en *Les arrels populars del catalanisme*, Barcelona, Empúries, 1999.

¹⁴ Las obras más destacadas de Pere ANGUERA sobre el carlismo son *Déu, Rei i Fam*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995; *El Carlisme*, Barcelona, Empúries, 1999; y *Absolutistes i liberals. Deu estudis a l'entorn de la Guerra dels Set Anys*, Reus, Associació d'Estudis Reusencs, 2002.

año 1873 algún dirigente del carlismo catalán, claramente influido por el foralismo del carlismo vasco, mencionó la posibilidad de recuperar las «antiguas libertades catalanas», ello, según Anguera, no era más que una manifestación de conveniencia política, de claro oportunismo, nunca una convicción sincera. El carlismo catalán formaba parte de una opción política española que aspiraba esencialmente a que su dirigente máximo fuese el rey de España, deseaba acabar con el sistema liberal y no contemplaba en absoluto la posibilidad de establecer un régimen de autonomía política en Cataluña. Según Anguera, el carlismo catalán sólo dio síntomas de aceptar algunas reivindicaciones catalanistas cuando este movimiento ya se había extendido notablemente y empezaba a triunfar, es decir ya en el siglo xx.

Así, Anguera sostenía que el primer catalanismo surgió exclusivamente del mundo del progresismo más radicalizado y anticentralista, del que venía de la tradición de las «bullangas» y rebeliones populares urbanas de la década de 1840 y que sería durante el Sexenio cuando se manifestaría con mayor claridad y fuerza influyendo decisivamente en una parte del republicanismo federal catalán. En este libro, Anguera reconstruía la génesis del pre-catalanismo localizando núcleos de activistas en numerosas localidades y comarcas catalanas cosa que le permitía señalar la muy reducida presencia de las elites barcelonesas en estos momentos iniciales. La gran mayoría de los miembros de estos núcleos de pioneros activistas pertenecían a las clases medias y populares: eran artesanos, «menestrals», tenderos, trabajadores especializados, escribientes, estudiantes, etc. Anguera, igualmente, ponía especial atención en la pluralidad organizativa y geográfica de este pre-catalanismo de raíz progresista que logró ya una cierta implantación en muchas ciudades medianas y pequeñas catalanas, y no sólo en Barcelona, a partir de 1854.

Sin entrar en detalle en la descripción del proceso que tuvo lugar durante el Sexenio Democrático, por otra parte estudiado con precisión por Anguera en diferentes obras¹⁵, en este libro se aludía a los intentos sucesivos y frustrados de proclamar el «Estado catalán» desde la Diputación Provincial barcelonesa en los años 1872 y 1873 por parte de los republicanos federales. Igualmente se hacía referencia al papel destacado en favor de la causa autonomista catalana desempeñado por Valentí Almirall y su diario *El Estado catalán* que se publicó sucesivamente en Barcelona (1869-1870) y en Madrid (1873). La conclusión de Anguera era clara: el fracaso de la «vía federalista española» hacia la autonomía catalana intentada durante el Sexenio fue lo que llevó a Valentí Almirall, ya a principios de la década de 1880, a abandonar la militancia federal y propugnar una «vía catalana». Y para ello pasó a construir los instrumentos políticos articuladores del nuevo movimiento: el *Centre*

¹⁵ ANGUERA, Pere: *La burguesía reformista: Reus en els fets de l'any 1868*, Reus, Associació d'Estudis Reusencs, 1980; y *Propaganda política i processos electorals al Baix Camp, 1869-1873*, Reus, Associació d'Estudis Reusencs, 1985.

Català, fundado en 1882, será el primer partido político catalanista; el *Diari Català* (1879-1881) su portavoz oficial; los dos *Congresos Catalanistas* (1881 y 1883), la redacción y presentación al rey Alfonso XII del *Memorial de Greugues* (1885), sus primeras plataformas ciudadanas. Y finalmente elaborará el primer ensayo teórico sobre las razones de la causa y el ideario del movimiento, «*Lo Catalanisme*» (1886). Valentí Almirall, que significaba el abandono del republicanismo federal español para optar por el catalanismo político, ya tenía, según Anguera, una concepción de la causa que hoy no dudaríamos en calificar de «nacionalista», aunque el nunca utilizase ese calificativo. Y señalaba igualmente que en paralelo, los republicanos federalistas catalanes, los antiguos correligionarios de Almirall, también avanzaban en un objetivo relativamente similar al elaborar, como antes comentamos, el primer proyecto de constitución del «Estado catalán» en 1883.

Fue años después de estos hechos, y en parte beneficiándose del trabajo realizado previamente por Almirall y por los republicanos federales, que individuos procedentes de los sectores cultos, mesocráticos y burgueses más conservadores fueron incorporándose a la causa catalanista, crearon sus propias organizaciones y plataformas ciudadanas y finalmente lograron imponerse. Así, a finales del siglo XIX, intelectuales y profesionales conservadores, muchos de ellos ultra-católicos y relativamente apolíticos, habían arrebatado a Almirall la hegemonía en el movimiento. Como explica gráficamente Anguera, «*los que dedicaban versos a la Virgen*» acabaron arrinconando a los librepensadores, laicos y demócratas e incluso pretendieron presentarse como los «auténticos» catalanistas frente a los que tildaban de ser demasiado políticos y excesivamente radicales.

Partiendo de esta visión de conjunto del catalanismo del siglo XIX, Anguera se planteó la necesidad de realizar un estudio profundo sobre como se construyó y divulgó la simbología del movimiento y cómo sus planteamientos acabaron siendo claramente «nacionalistas» catalanes. Consideraba fundamental estudiar como se seleccionaron y difundieron sus efemérides más relevantes, su bandera o estandarte, sus principales himnos, sus danzas, sus referentes patronímicos y sus leyendas históricas. Porque el catalán, como todos los movimientos identitarios europeos del siglo XIX, necesitaba disponer de una simbología propia que sirviese para incrementar su arraigo social y para presentarse como una causa enraizada en las más genuinas tradiciones del país. Era preciso, pues, «inventar» unas tradiciones que justificasen históricamente la causa y ayudasen a su mayor extensión. Estas temáticas si bien habían sido aludidas frecuentemente en diferentes estudios históricos nunca habían sido objeto de estudios monográficos rigurosos. Por ello Anguera se planteó la realización de un ambicioso programa de investigación sobre los diferentes referentes históricos del catalanismo y sobre las formas de construcción y divulgación de sus mitos, sus símbolos y sus signos más característicos.

El primer resultado apareció en 2008 cuando publicó *L'Onze de Setembre. Història de la Diada (1886-1938)*, estudio dedicado a la principal efeméride histórica del catalanismo, la reivindicación identitaria más antigua de las celebradas en España, anterior incluso al *Aberri Eguna* de los nacionalistas vascos¹⁶. El libro es un análisis detallado de la evolución de esta conmemoración, desde la iniciativa marginal de unos pocos activistas catalanistas hasta su final oficialización por la Generalitat republicana. Fue el *Centre Català* de Valentí Almirall el que en 1886 convocó por vez primera una concentración en el «Fossar de les Moreres» y un funeral en la barcelonesa Iglesia de Santa María del Mar para honrar y recordar a los «mártires» del 11 de septiembre de 1714, día de la ocupación de Barcelona por las tropas de Felipe V. A partir del año 1894 el lugar de la concentración de los catalanistas para conmemorar esa efeméride pasó a ser la estatua del conseller en cap Rafael Casanova, defensor de la ciudad frente a las tropas borbónicas. Las anuales concentraciones ante esa estatua, entonces situada en el barcelonés Salón de Sant Joan, pasaron a convertirse en unas manifestaciones de carácter político en las que se pronunciaban discursos, se cantaban himnos, se exhibían banderas y con frecuencia se producían enfrentamientos con las fuerzas de orden público. En esta obra Anguera realiza un seguimiento muy detallado de la extensión de la celebración de la Diada por diferentes localidades catalanas, comenta sus peculiaridades, la selección de los lugares de la concentración y sus características. Y, evidentemente, puso un especial énfasis en el estudio de la proliferación de los incidentes entre los concentrados y las fuerzas de orden público, que fueron especialmente violentos en los años 1919, 1922 y 1923. Como es sabido, los sucesos acaecidos en esta última fecha sirvieron de excusa oportunista al capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, para pronunciarse el 13 de septiembre de 1923 contra la legalidad constitucional. La prohibición de las concentraciones del 11 de septiembre durante la Dictadura primoriverista no evitó que se produjeran más incidentes violentos entre las fuerzas de orden público y los manifestantes. El año 1932 tuvo lugar la más multitudinaria conmemoración del 11 de septiembre de las estudiadas por Anguera en este libro. Se calcula que la concentración reunió a unas 200.000 personas, cosa relativamente lógica ya que esa Diada coincidió con la aprobación del estatuto de autonomía catalán por la Cortes Republicanas. En su estudio Anguera también repasaba los discursos que se pronunciaban en las concentraciones, así como las discrepancias y tensiones políticas que a menudo se producían entre las diferentes fuerzas convocantes de la *Diada*. Un especial interés reviste el análisis del carácter que asumió esta conmemoración catalanista durante los años de la Guerra Civil. Así, por ejemplo, fue significativo que en los discursos

¹⁶ ANGUERA, Pere: *L'Onze de Setembre. Història de la Diada (1886-1938)*, Barcelona, Centre d'Història Contemporània de Catalunya i Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 2008.

pronunciados el 11 de septiembre de 1937 se hiciesen constantes comparaciones entre la situación del momento y la de 1714: Franco y Felipe V venían a simbolizar casi lo mismo.

Poco antes de su fallecimiento, a finales del año 2009, Pere Anguera corrigió las pruebas de dos libros suyos que han sido publicados meses después. Se trata de los estudios dedicados a la *senyera*, la bandera del movimiento catalanista, y a *Els Segadors*, su principal himno¹⁷. Las «quatre barres», es decir los cuatro palos de gules distintivos del escudo de la Corona de Aragón, procedentes de las armas de la casa de Barcelona, fueron adoptados como bandera propia por los catalanistas durante la última década del siglo XIX. Con suma rapidez se incorporó como distintivo tanto en numerosas publicaciones —revistas, libros, carteles, opúsculos, sellos, ex libris, etc.—, como en numerosos estandartes de asociaciones de todo tipo —políticas, literarias, orfeones, centros excursionistas, casals, etc.— e incluso apareció como ornato decorativo en algún edificio —Palau de la Música Catalana—. La enseña de las «quatre barres», pronto también designada como la *senyera* —la insignia— se impuso rápidamente frente al otro símbolo también utilizado por algunos catalanistas, la cruz de Sant Jordi. La razón era que este último era un signo claramente barcelonés y, además, era considerado por algunos sectores como excesivamente religioso.

Del año 1897 data la primera prohibición gubernamental de su exhibición en concentraciones y actos públicos. Y durante casi tres décadas la *senyera* fue objeto de persecuciones políticas, militares e incluso eclesiásticas, ya que hubo hasta algún prelado que condenó su exhibición. Las dificultades para su uso público se incrementaron a raíz de la publicación de la Ley de Jurisdicciones de 1906 que sancionaba duramente la exhibición de símbolos «contrarios a la unidad de la Patria», en alusión indirecta a la bandera catalana y a la *ikurriña* vasca. Pero fue precisamente el movimiento de Solidaritat Catalana, surgido como reacción a la citada ley, el que extendió por toda Cataluña la bandera de las cuatro barras que fue asumida no sólo por la totalidad de las asociaciones catalanistas sino también por diferentes entidades culturales, excursionistas, orfeones, casals, deportivas, etc., e incluso por algunas instituciones públicas, como Ayuntamientos.

La *senyera* logró una amplísima divulgación como estandarte y bandera del catalanismo político y de ella se hicieron también lazos y botones para las solapas y fue frecuente su exhibición en los balcones de las casas como signo de reafirmación. El poema de Joan Maragall «El cant de la senyera» (1900), dedicado a la nueva bandera del catalanismo, se convirtió en el himno oficial del Orfeó Català. Pese a que fue adoptada como enseña oficial catalana por la Mancomunitat de

¹⁷ ANGUERA, Pere: *Les Quatre barres. De bandera històrica a senyera nacional*; y *Els Segadors. Com es crea un himne*, ambos Barcelona, Dalmau Editor, 2010.

Catalunya, ya desde su constitución en abril de 1914, fue de nuevo prohibida durante la Dictadura de Primo de Rivera, que la consideraba separatista y subversiva. Permitida su exhibición a partir de febrero de 1930, el 14 de abril de 1931 presidió, junto con la tricolor republicana, todas las proclamaciones y celebraciones del nuevo régimen en Cataluña. Inmediatamente fue asumida como bandera oficial por la Generalitat provisional e incluida como enseña nacional tanto en el proyecto de estatuto de autonomía plebiscitado en agosto de 1931 como en el texto definitivo aprobado en septiembre de 1932.

También la historia del himno catalán, *Els Segadors*, no deja de ser bastante accidentada. Como es sabido se trata de un largo romance anónimo catalán escrito a mediados del siglo xvii que narra en tono vehemente los hechos que llevaron a la sublevación popular barcelonesa conocida como el «Corpus de Sang», en el marco de la llamada Guerra dels Segadors que enfrentó a la Generalitat de Cataluña con Felipe IV y su valido el conde-duque de Olivares. En 1882 el filólogo Manuel Milá y Fontanals publicó en su totalidad dicho romance que bien pronto pasó a ser recitado en numerosos actos públicos organizados por catalanistas. En 1892 Francesc Alió compuso la música que permitiera cantarlo, hecho que se produjo por primera vez en Barcelona el 4 de junio de 1892. *Els Segadors* bien pronto se incorporó al repertorio cantado por el Orfeó Català y otras asociaciones corales catalanas. Y ello coincidía con los debates que se suscitaban en el seno del movimiento catalanista sobre la necesidad de poseer un himno político similar al *Gernikako Arbola* de los nacionalistas vascos. De ahí que el año 1897 empezase a generalizarse el cantarlo, puestos en pie, al final de las concentraciones, actos y manifestaciones catalanistas. Había, sin embargo, notables dificultades para lograr su divulgación, tanto por ser su letra excesivamente larga para ser aprendida fácilmente, como por las reticencias que mostraban algunos sectores catalanistas a las referencias religiosas que incluía el texto —el cristo exhibido por los segadores como enseña, el obispo bendiciendo la revuelta, etc.—. En 1899 el poeta Emili Guanyabens redactó una versión más reducida del texto, que además eludía las referencias religiosas, lo que permitió una enorme difusión de su letra que pronto fue aceptada como himno de los catalanistas. Considerado subversivo y separatista fue prohibido por las autoridades ya desde principios del siglo xx y se impusieron fuertes sanciones económicas e incluso penales a quienes lo cantaran en público. Esto no hizo más que propagar el himno por toda Cataluña que era cantado como signo de desafío no sólo en las celebraciones de la Diada del 11 de septiembre sino al final de los actos políticos, de las manifestaciones, de las concentraciones e incluso de los conciertos del propio Orfeó Català. Hacia los años 1920 *Els Segadors* era, junto con *La Marsellesa*, el himno político más conocido y cantado en Cataluña. En la inmensa mayoría de ciudades catalanas la proclamación de la República el 14 de abril de 1931 fue

acompañada del canto de *La Marsellesa*, *Els Segadors* y *La Santa Espina*, quizás por este orden de conocimiento y popularidad.

Durante la etapa republicana si bien su canto era casi obligado a final de los mítines de las formaciones políticas catalanistas y en no pocos actos oficiales, *Els Segadors* no fue reconocido como himno oficial por la Generalitat de Catalunya. Fueron las reticencias de algunos sectores catalanistas de izquierdas ante el hecho de que también cantaran el himno los catalanistas conservadores de la Lliga y el considerar su letra poco laica y escasamente «republicana» lo que impidió su oficialización. No hace falta recordar que durante la Dictadura franquista *Els Segadors* estuvo totalmente prohibido y su canto motivó no pocas multas gubernativas, detenciones e incluso procesos. En el año 1979, en el curso de los debates sobre el nuevo estatuto de autonomía de Cataluña, una enmienda presentada por el senador Francesc Ferrer i Gironés que proponía incluir un artículo en el que se declaraba *Els Segadors* como el «himno nacional de Catalunya» fue rechazada tras la intervención en contra del diputado Heribert Barrera, dirigente de Esquerra Republicana, ya que éste opinaba que dicha oficialización era innecesaria. Finalmente el 23 de febrero de 1993 el Parlament de Catalunya aprobó una ley que declaraba «Els Segadors» himno nacional, condición que también fue recogida en el nuevo estatuto catalán del año 2006.

En el momento de redactar el presente artículo está ya anunciada la próxima aparición de los dos últimos libros de Pere Anguera sobre estas cuestiones, uno sobre la sardana y otro sobre Sant Jordi¹⁸. El estudio de Anguera sobre la sardana narra como la modernización de esta tradicional danza ampurdanesa por parte del músico Pep Ventura, en 1844, permitió que pudiera extenderse fácilmente desde Torroella de Montgrí hacia la Cataluña central. Este proceso, paralelo a la formación de las cobles —orquestas— que interpretaban las sardanas, permitió que ya durante la década de 1890 se bailaran en la ciudad de Barcelona. Por otra parte contribuyó notablemente a la popularización de la danza el hecho de que en la ópera «Garín», de Tomás Bretón, estrenada en Barcelona en 1892, se bailaba una sardana. La gran difusión de la sardana por toda Cataluña como expresión de catalanismo se produjo durante los años de la Solidaritat Catalana, entre 1906 y 1909, lo que provocó la proliferación de *colles sardanistes* —grupos de baile—, que vinieron a incorporarse al entramado socio-cultural cada vez más denso de entidades y asociaciones que se identificaban con el catalanismo. Ya durante la segunda década del siglo xx, se convirtió en casi una costumbre los concursos de sardanas no sólo en las celebraciones políticas catalanistas sino también en buena

¹⁸ Dalmau Editor anuncia para abril del 2010 la publicación de los libros de ANGUERA, Pere: *La nacionalització de la sardana* y *Sant Jordi, patró de Catalunya*, obras que conocemos gracias a la gentileza de Mercè Costafreda.

parte de las fiestas mayores de las localidades catalanas: se estaba convirtiendo en una auténtica «dança nacional». Sin duda su mayor consagración como símbolo del país se produjo gracias al poema de Joan Maragall, escrito en 1900, que sostenía que «*la sardana és la dança més bella de totes les dances que es fan i es desfan...*». Desde entonces numerosos músicos y poetas se interesaron en componer sardanas y, algunas de ellas, con letras de claro contenido patriótico, que lograron alcanzar una notable popularidad, como fue el caso de la «La Santa Espina» o de «La Sardana de les Monges». La prohibición de su baile durante la dictadura de Primo de Rivera no hizo más que incrementar su identificación con el catalanismo político, simbolismo que se mantuvo durante el Franquismo, pese a haber entonces una mayor permisibilidad.

Con respecto a que Sant Jordi fuera considerado el «patrón del Cataluña», Pere Anguera realizó un estudio erudito sobre la cronología de la recuperación y de la difusión contemporánea de la conocida leyenda de Sant Jordi, de origen medieval. Esta leyenda aparecerá como un elemento de referencia constante en la poesía catalana desde 1860, sobre todo los poemas presentados en los certámenes de los *Jocs Florals* de Barcelona. Ahora bien, pronto surgieron también discrepancias sobre el posible uso político de la figura de Sant Jordi por parte de los catalanistas, ya que los sectores más laicos eran notablemente reticentes a la elección de un patrón de evidente carácter religioso y legendario. La celebración de actos políticos coincidiendo con su día, el 24 de abril, si bien a principios del siglo xx fue impulsada por la Lliga Regionalista no acabó de consolidarse frente a la más patriótica y perseguida Diada del 11 de septiembre. De este modo el día de Sant Jordi, y su posible patronazgo del país, fue perdiendo buena parte de su componente ideológico y reivindicativo nacionalista durante los años 1920, al tiempo que asumía un carácter mucho más festivo y cultural. A partir del año 1930 su conmemoración se asoció al día del libro y de la rosa, que es el que finalmente ha prevalecido.

Hasta aquí este breve repaso a algunas de las más relevantes obras de Pere Anguera sobre la temática del catalanismo político del siglo xix y la construcción y divulgación de sus diferentes símbolos nacionales. Con sus numerosas y ricas aportaciones, ha dinamizado la historiografía catalana durante más de tres décadas. El abrió nuevos caminos de investigación y lo hizo haciendo gala de un escrupuloso rigor metodológico y de una erudición apabullante. Ha sido no sólo uno de los historiadores catalanes más prolíficos, ya que deja un inmenso legado, sino también un decisivo renovador de las interpretaciones sobre el origen, las características y el desarrollo del primer catalanismo. Pere Anguera ha dejado una profunda huella en las historiografías catalana y española. Desgraciadamente su ausencia se notará.